

El camino de la cruz y de la gloria

Según los evangelistas, en varias ocasiones Jesús les anuncia a los apóstoles: *“Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley, que lo maten y que resucite al tercer día”* (Lc. 9,22 y par.). Un anuncio que estamos acostumbrados a escuchar, pero que en el fondo también a nosotros nos pasa lo que aquellos hombres, que no acabamos de entender.

Tal vez porque los discípulos tenían unas pretensiones distintas y concebían el reino de Dios, predicado por Jesús, con una óptica y significación distinta a las intenciones y a la realidad que el mismo Jesús quería expresar.

En el mismo evangelio se nos dice que los apóstoles eran torpes para entender o no habían entendido nada (9, 45). Sinceramente creo que si los discípulos hubieran entendido a Jesús, estoy seguro que no hubieran discutido por los primeros puestos (Mc. 10, 37; Lc. 22, 24), ni hubieran pedido que bajase el fuego y consumiera a los samaritanos por no querer recibir a Jesús (Lc. 9,54), cuando se dirigía a Jerusalén, ni lo hubieran abandonado cobardemente (Mc. 14, 50), cuando Jesús fue apresado en Getsemaní.

Permitidme, amigos y hermanos de las cofradías de Pasión, que me acerque con esta reflexión, cuando un año más nos vamos a disponer a recorrer el camino de la Cuaresma para poder llegar y celebrar en la semana mayor cristiana los misterios centrales de nuestra fe: La pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

No se trata de reproducir sólo los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en aquella primera semana santa, sino vivir lo que confesamos en nuestra vida cristiana: *“Que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo y se hizo hombre ...”* (Credo), y que nos recuerda el apóstol san Pablo: *“Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras”* (1ª Cor. 15, 3-4).

Pienso que se trata de que cada uno tomemos verdadera conciencia de que Cristo me amó y se entregó por mí. Es decir, yo soy objeto de su amor y, al mismo tiempo, la causa de su sufrimiento, de su pasión, de su entrega, de su muerte. Nadie nos ha amado tan fuertemente; nadie ha apostado tanto por nosotros, hasta entregar totalmente su vida, derramando gota a gota la sangre de su existencia humana por todos los hombres: por mí, por ti, por todos. Esto no es un cuento para niños, ni una fábula para mayores, ésta es una realidad cruda y dura, una realidad no para aplastarnos, oprimirnos o esclavizarnos, sino para que sepamos reaccionar y vivamos con ilusión, con alegría, con la libertad que nos da el liberarnos de nuestros bajos instintos y para que dejemos de obrar el mal y aprendamos a practicar el bien y, todo ello, gracias a Jesús, que me amó tanto que se entregó por mí, para que fuese una criatura nueva(1ª Cor. 5, 17), dotada de la fuerza de su Espíritu, que sale al frente de nuestra debilidad, y que nos permite hacer el bien que quisiéramos hacer y evitar el mal que no nos gustaría hacer, y no exactamente lo contrario (Rm. 7, 15-25), como nos suele ocurrir a todos por debilidad de nuestra condición y por estar tan distanciado, en gran medida, de Él.

Si te has puesto a leer estas líneas, permíteme ahora que te lance una pregunta: ¿Qué crees que hay debajo del futbolista, ciclista, tenista, etc., que verdaderamente te entusiasma, te llama la atención y te lleva a hacer de él tantos y tan hermosos elogios? ¿Acaso no es la capacidad del esfuerzo, del sacrificio con que se ha venido adiestrando para ser un verdadero “as”? ¿Y cómo catalogarías a un hijo por el que sus padres han dado toda su vida y que llegue a ser “alguien”, y, sin embargo, les ha correspondido con

la indiferencia, con el desprecio, con la vergüenza de reconocerse como hijo suyo o los ha insultado y renunciado de su apellido?

Creo que estarás conmigo en reconocer que no se puede hallar mayor vileza y bajeza, si alguien fuera capaz de pagar de esta manera a tanto amor recibido y a tanto sacrificio gastado por él. Seguramente que proferirás muchos calificativos poco honrosos, incluso te atreverías a decir que ése no tiene derecho a vivir, que no es buena persona, que no tiene sentimientos, etc.

Por eso, y ahora me puedes entender un poco, quisiera invitarte a vivir la santa Cuaresma, a subir con Jesús a Jerusalén, incluso a recorrer con Él, si hace falta, la calle de la Amargura, fijos nuestros ojos en su mirada de amor por nosotros y en su fidelidad total al Padre, que tanto ha amado a los hombres que nos entregó a su Hijo único, entregándonoslo todo con Él.

Si te atreves, se me ocurren algunos medios que podríamos tener en cuenta para realizar este camino de ascenso:

1º Reconocer lo mucho que valemos: Hemos recibido una inteligencia por la que podemos distinguir el bien del mal; hemos sido creados libres para poder elegir, y elegir responsablemente, sabiendo que el mal nos perjudica y el bien nos beneficia, y tenemos una voluntad para desear y querer aquello que nos ennoblece, nos engrandece y nos ensalza nuestra dignidad de personas, pues sabemos que el bien, la verdad, la bondad liberan y no esclavizan, nos hacen sentirnos a gusto con nosotros mismos, con los que están a nuestro alrededor y, como no, con Dios, que en nuestro bautismo nos elevó, en su Hijo y por su Hijo (Gál. 3, 26-27), a la dignidad de hijos de Dios, dándonos de su Espíritu y derramando su amor en nuestros corazones (Rm. 5, 5; Ef. 2, 4).

Se deriva, por tanto, la convicción de que hemos de combatir el mal, la injusticia, el pecado, que nos llega como algo apetitoso y complaciente con nuestros instintos y agradable para nuestros sentidos, para el que no hay que hacer esfuerzo para ofrecer resistencia, ni realizar ningún sacrificio de autocontrol o autodomínio de uno mismo.

2º La oración (Ef. 4, 18), que no significa un mascullar de palabras sin sentido (Mt. 6, 5-15), sino expresar al Señor los sentimientos más hondos y profundos de nuestro ser, nuestras preocupaciones, nuestros desvelos, manifestándole nuestro amor y lo complicado y cuesta arriba que, a veces, nos resulta seguirle, escucharle y amarle; pidiéndole por los demás y para que a nosotros nos siga dando fuerza.

La oración no puede ser un monólogo; es, más bien, un diálogo. Por eso a lo largo del tiempo de Cuaresma dejemos que Él nos hable, nos ilumine, nos oriente, nos haga ver las cosas claras y nos dé fuerzas para seguir luchando.

La oración más completa es la Eucaristía, “fracción del pan” le llamaban los primeros cristianos, la tradición más grande que hemos recibido los cristianos a lo largo de toda la historia del cristianismo; ya en la 1ª carta de san Pablo a los cristianos de Corintos, cap. 11, 23 y ss.: *“Por lo que a mí toca, del Señor recibí la tradición que os he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar las gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. ...”* Sí, es la Santa Misa en la que *“anunciamos su muerte, proclamamos su resurrección, ven, Señor, Jesús”*. En ella escuchamos la Palabra de Dios, le hablamos personal y comunitariamente con las palabras más hermosas con las que podemos dirigirnos a Dios, y unirnos más a Jesucristo que se sigue ofreciendo al Padre y, unimos a Él, para darle gracias y ofrecer nuestras vidas a Dios por nuestra salvación y la salvación de todos los hombres, participando de la entrega amorosa de Jesús, que nos sigue alimentando con su Cuerpo y nos sigue acompañando en nuestra existencia. Seguramente, de esta manera, podemos

experimentar lo que significa una verdadera y profunda amistad; entenderemos lo grande que es descubrir al Gran Amigo.

3º El hacer buenas obras, que no es otra cosa que practicar la caridad cristiana en la familia, en el trabajo, con los amigos, en las diversiones, pero, sobre todo, con aquellos que nos necesitan: un gesto oportuno, un saludo amistoso, una palabra de aliento o consuelo, un rato de compañía, un buen consejo, o aquello que nuestro corazón nos indique que amortigüe el sufrimiento o pueda paliar la necesidad del otro, conscientes de que Jesús se ha querido identificar con el pobre y el humilde: *“Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”* (Mt. 25, 40).

Para realizar este camino hacia la Pascua cristiana, la Pascua de Resurrección, nos ayudará extraordinariamente las lecturas, que desde el miércoles de ceniza y todos los domingos de Cuaresma, iremos escuchando en la Eucaristía.

Por este camino, estoy convencido que podremos gustar, participar y vivir con toda profundidad la Semana Santa. Sin duda que todo cuanto tú puedas hacer recobrará otro sentido, te proporcionará otra alegría, sembrará en ti una esperanza nueva, un horizonte distinto: la alegría de Cristo resucitado. Que todo te conduzca a vivir una Pascua feliz, que os deseo de todo corazón.

Francisco León García
Párroco de Santa Marta